

lejos. Estamos ante una especie de metamemoria que hace balance de sí, de su experiencia interna, de los orígenes. Como dice Rafael Alfaro, "el pasado no es sino una transvivencia, algo que persiste a pesar del tiempo". El poeta, en palabras de José González Lara, se nos muestra como "un traductor onírico de lo que adivina o presiente; se confunde entre la bella metáfora para hacerle más libre el modo de contar su aura distante".

El mejor de los libros de Valentín Arteaga es, sin lugar a dudas, Un rostro va en su música (1985), que obtuvo el premio "Florentino Pérez Embid", siendo publicado en la colección "Adonais". Sorprende, ciertamente, que cuando los llamados novísimos, esa generación que devolvió a la poesía el gusto por la palabra, empiezan a dar señales de agotamiento o a ser contestada por los poetas más jóvenes, Valentín Arteaga opte por un lenguaje, noble sin duda, que apunta a la contención, renunciando a rebañar unos odres bastante esquilados y decantándose hacia posiciones donde la brillantez expresiva no oculta sino resalta esa maraña de interrogantes que asedian al poeta desde el instante mismo de la concepción de la obra.

Un rostro va en su música llegó oportunamente. La Poética del silencio, la música callada de que hablara María Zambrano prosigue campeando por sus fueros, signo inequívoco de que, no obstante la oleada de metapoesía que nos asaltó a finales de los setenta y aún antes, existen planteamientos irresueltos de los que autor ninguno puede inhibirse, de tal manera que Valentín Arteaga se enfrenta otra vez al enigma de la poesía. Nuevamente, en efecto, se acerca al santuario y, con heterodoxa devoción, descorre sus cortinas y alcanza la contemplación del rostro sagrado. La verdad está dentro. La música, un lenguaje para la introspección. Valentín Arteaga ha vislumbrado el rostro de la poesía. Una visión fugaz, mística; un éxtasis. A veces, la Belleza parece identificarse con lo absoluto. Lo que aprehende el poeta de ella es tan sólo la música, emanación de esa actitud de asombro reverente cuya culminación tangible es el poema, es decir, un minúsculo trozo de inmensidad, una nota flotando en el pentagrama, que pasa y "queda luego sólo memoria,/ el polvo sobre el mueble". Consecuentemente, el autor, se evade con la música. No se trata de esa charanga huera de palabras babélicas en que algunos se apoyan para salvar escollos ocasionales, sino un remontarse hasta algo que ya el propio fray Luis de León había intuido al hablar de la música de las esferas, un remolino de insondable armonía, siempre más allá del alcance de las palabras mismas, en cuyo vértice es posible palpar la poesía, entendida a lo largo de este libro como un goce estético gratuito, fruto -quien sabe- de una misteriosa revelación que proclama la primacía de un vago irracionalismo frente a los "mecanismos uni-formadores" y, desde luego, alienantes de eso que algunos críticos han dado en denominar "razón racionalista", con lo cual, en alguna medida, si aceptamos la tesis de -entre otros- Carlos Bousoño, Guillermo Carnero y Pere Gimferrer, cabría emplazar al Valentín Arteaga de Un rostro va en su música en una posición rotundamente crítica respecto a los valores usuales de nuestro entorno social y cultural, abriendo así el poeta de La Mancha toda unaperspectiva de alcance incalculable para el futuro de su propia obra.

Del mismo año (1985), aunque escrito con anterioridad y estrechamente emparentado con El mar en la patena, data el último libro de Valentín Arteaga: Cuando regresa el mar hasta los labios, un libro desgajado del que citamos en primer lugar y del que bien podría constituir una segunda parte, desarrolla una teopoética de la liberación, de búsqueda de los orígenes. Como todos los suyos,